

La calle es el lugar de la libertad, pero para las privilegiadas niñas Ocampo ella conduce al contacto ocasional con los niños de su clase, en la que abundan los Carlitos y los Enriquitos y otras cursilerías dignas de la mejor burguesía decimonónica, que se deleita contemplando desfiles militares y otras insulseces permitidas a los pequeños y adolescentes bajo la mirada atenta de los mayores. O lleva a la iglesia, al ritual de la misa, a la monotonía convencional de los rezos, al devocionario atiborrado de estampas en el que subrepticamente, eludiendo peligrosamente la censura, se ha infiltrado una inocencia amorosa cualquiera, que conviene mantener secreta a todo trance. En cualquier caso, por la calle se va como un prisionero, flanqueado por la policía familiar. Victoria recuerda con precisión el convento de clausura que se halla a un lado de la iglesia y el horror que le inspiran sus rejas. El mundo de los mayores, las instituciones —familiar, eclesiástica—, el confort y el bienestar casero se configuran como encierro y cárcel. Aprisionada en ellos, Victoria prepara más o menos conscientemente la fuga.

V

La posición de Victoria en la jerarquía familiar es ambigua e incómoda. De un lado, es la nena adorada, mimada, halagada, que de vez en cuando goza de algunas exenciones por puro privilegio y gracia de los adultos. Del otro, siendo la mayor de seis hermanas, que acaparan progresivamente el cuidado y la atención de los mayores, se encuentra en un círculo autónomo en el que espontáneamente ocupa el puesto de responsabilidad y de autoridad que le delegan los mayores. Es un rol que asume con seguro instinto y que ejerce con convicción y alguna prepotencia.

En casa de los Ocampo predomina la Ley. Así, por lo menos, lo recuerda Victoria adulta y así lo vive la niña Victoria. La Ley la encarnan, directamente, las institutrices, detrás de las cuales, dispuestos jerárquicamente, se hallan las tías abuelas capitaneadas por Vitola, y detrás aún, encerrado en su santuario, el padre, que a la menor transgresión la convoca a juicio con un amenazante «Victorita, vení acá», en verdad poco tranquilizador.

En ese régimen policial, Victoria aprende pronto que la Ley a menudo es arbitraria, estúpida, cruel e injusta.

Injusta aun cuando la favorece a ella personalmente, lo que no la hace menos aborrecible. Constata, además, que el cariño que los demás generosamente le otorgan tiene un precio: la obediencia. Los que sirven mandan. Ese amor que pretende obediencia Victoria adulta lo soportará en Fani, la fiel sirvienta a la que no sabrá —o podrá o querrá— oponerse ni imponerse.

La pequeña Victoria asume el modelo. Por ahora se identifica con Vitola, que encarna el cariño y la autoridad. Ella ejerce la autoridad sobre sus hermanas, en particular la secundogénita, Angélica; con ella instaura un esquema al que ella misma está sujeta: amar/someter: «yo exigía obediencia y ofrecía protección» (47). Con ella aprende a plasmar y a plasmarse. Victoria interioriza el modelo y lo corrige: ella es la Ley justa y racional, no el arbitrio. Quizá de esa experiencia de primogénita provengan sus grandes cualidades y también sus carencias: la capacidad de organización y mando que todo el mundo ha reconocido en ella, su afán por ocupar puestos de autoridad y de prestigio, el sentido de la rectitud y de la justicia, pero también sus temores e incertezas, y sus contradicciones. El conflicto surge en torno a esa Ley que Victoria asume y rechaza, y de la cual nunca acabará de desprenderse del todo.

VI

La familia Ocampo es una suerte de microcosmos que contiene, en pequeño, el sistema de creencias y la escala de «valores» de la sociedad que componen los de su clase.

La inteligencia de Victoria y su espíritu de libertad le llevan a opinar autónomamente sobre lo establecido. Es así cómo la pequeña empieza a conocer y a detestar el mundo que la rodea.

Entrada en la adolescencia, ella repudia cuanto la madre representa: la rígida determinación sexual de los roles sociales, la maternidad y todo aquello que condena a la mujer al reducto familiar y a funciones secundarias o subordinadas. Victoria rechaza el modelo materno y vuelve sus ojos a lo que encarna el Padre: la comprensión, la construcción y el dominio del mundo.

Victoria aspira al protagonismo reservado a los varones, anhela la acción pública y la gloria. Por el momento, sensible a la fascinación de la literatura y el espec-

táculo, se le ocurre la salida de las tablas, que es una manera de ser la *prima donna*, ya que no el primer hombre: un modo aún subordinado de prestar la voz al personaje, de manifestar lo propio bajo el ropaje ajeno (más tarde, la recitación y la crítica literaria van a desempeñar una función parecida). Victoria sueña con aparecer en el escenario del mundo en el único papel que se le consiente a la mujer, si no estuviéramos en Argentina y no perteneciera a una clase, burguesa, para la cual el mundo del espectáculo es un desdoro (en Europa circulan actrices ilustres por su rango social, como Adelaide Ristori, «la marchesa», pero son una excepción; aparte de que la familia de Victoria puede que piense, como Borges, que lo plebeyo y lo aristocrático son la misma cosa).

Victoria contempla ese mundo, prohibido a las mujeres decentes, como una zona de libertad transgresiva, en la que sería posible llevar la voz cantante sin abandonar el hermoso traje de noche que viste la madre para hacer su aparición de comparsa en un teatro regido por los hombres y para los hombres.

VII

Pese a la aparición de disentimientos profundos, Victoria comprende muy pronto que la oposición y la rebeldía no llevan a ninguna parte. Un yo auténtico que piensa y siente autónomamente y en discrepancia con el mundo, se va desarrollando detrás de la máscara de la persona (en el sentido junguiano del término). No pudiendo manifestarse según su verdadero modo de ser, aprenderá a fingir, a adular, a conseguir con los medios que la sociedad acepta lo que ella desea. Ahí ensaya el arte de camuflarse y de sacar provecho de las circunstancias adversas, en el que posiblemente resida su fuerza futura.

El yo auténtico, aprisionado en las cuatro paredes del hogar y del sistema de valores que lo gobierna, se da a la fuga interior. Nace así un mundo secreto, clandestino, inaccesible, que se expresa en un lenguaje cifrado, impenetrable. Es el reino de la libertad en el que es posible pensar libremente y construir un nuevo sistema de creencias y valores al abrigo de toda censura. En él tienen cabida el sentimiento o los sentimientos prohibidos, el amor, la sexualidad, el culto de la belleza y el arte,

la divinización del artista, el progresivo pero ineluctable rechazo de las verdades de la religión, la creación de una religión nueva o de un sentimiento religioso que poco tienen que ver con la ortodoxia, el vacío ritual aprendido y las imposiciones externas.

Victoria se forja una alteridad que es transgresiva con respecto a la ley. La felicidad es vivida como desobediencia y como culpabilidad, según un mecanismo que va a repetirse en circunstancias futuras de su vida. Ese devocionario atiborrado de estampas y de signos prohibidos es un bello símbolo de la convivencia conflictiva del yo auténtico y del yo persona bajo el aparente respeto de la convención y la normativa.

VIII

Victoria, la preferida de las tías-abuelas, tal vez del padre o de los padres, la mandamás de las seis hermanas, autoritaria, prepotente («yo iba adelante, ella detrás»), consentida, halagada, regalada, manifiesta, a través del relato, una inseguridad y un complejo de inferioridad y culpabilidad que se dirían congénitos. Ella misma habla de miedo, de la necesidad de agarrarse, de noche, a la pequeña Angélica que ha dominado durante el día, de la necesidad de cerciorarse del cariño de todos, de ponerlo constantemente en duda y a prueba. Victoria recuerda la sensación de abandono al comprender que su madre está embarazada. ¿Destino de los primogénitos que se ven arrebatados el cariño de los mayores por los más chicos? Tal vez. Pero esa voracidad e insaciabilidad ante un plato de frambuesas o un pastel de chocolate, parecen denunciar una carencia tal vez de afecto, una necesidad no colmada.

Pese a los halagos de los mayores, ella se ve más bien fea y poco agraciada. Sus escrúpulos y aprensiones en materia religiosa y moral, su espíritu crítico e intransigencia, ponen de manifiesto un complejo de culpabilidad latente, que halla distintas formas de manifestarse: así cuando arranca el retrato de las manos de su hermana Clara, que fallecerá en breve, o cuando Angélica se cae del columpio «por su culpa».

Victoria se desvive por resultar agradable y apetecible, como si mendigara la aceptación y el aplauso de los otros. A menudo se enamora de quien la ignora, la

maltrata o la desprecia (que así sea o ella lo imagine para el caso es lo mismo), casi buscando confirmar la escasa opinión que parece tener de sí misma. Hay una frase significativa: «Yo la ayudaba a bajar del coche [a la temible Berta Kraus] con una amabilidad desesperada que ya estaba pidiendo perdón» (45). Victoria muestra la constante preocupación de no gustar o interesar bastante, de amar y no ser amada, de perder lo que el azar, no sus méritos, parecen haberle deparado.

¿De dónde le vienen tanto temor y tan escasa estimación de sí misma? Tal vez la educación general de la época, represiva y culpabilizante por demás, sea suficiente para explicarlo. Pero se tiene la impresión de que el terror e inseguridad de Victoria provienen aún del padre, aprensivo de un lado, autoritario y severo del otro. Un padre protector y amenazador, como la otra figura masculina, aterradorante, que aparece en el episodio del aljibe (el abuelo). Tal vez la atracción por los hombres mucho mayores que ella signifique el deseo de que alguien acepte desde arriba lo que el padre, por razón de su autoridad restrictiva, rechaza.

IX

Durante su vida sobre todo escolar, Victoria vive en su propia piel la injusticia; acepta el castigo con tal de que sea justo. El arbitrio provoca la rebelión y el rechazo. Tal vez, como decía alguien, el deseo de libertad sea sólo, en el hombre, un deseo profundo de justicia.

La relación entre los suyos y los sirvientes no oculta, bajo la corrección formal y un trato complaciente y paternalista, un desprecio de fondo que se manifiesta en una frase burlona, en una leve impertinencia que subraya las distancias y la superioridad del que paga. Victoria siente que ello puede herir la sensibilidad y la dignidad del otro, del distinto, del subordinado, y sufre. El sentido de lo justo se proyecta en lo social, que asume también un carácter abstracto, muy racional-dieciochesco de nuevo. Victoria no menciona para nada la condición social de esos trabajadores que conviven bajo un mismo techo en un estado de sumisión y dependencia que contrasta con los derechos que están reclamando los traba-

jadores de medio mundo; su disgusto proviene de un sentido general, abstracto, puramente conceptual, de igualdad, de dignidad humana, de respeto por la persona de todos.

En sus primeros asomos al terreno del amor, la pequeña Victoria se enamora de Pepito Martínez de Hoz partiendo, como ocurrirá con frecuencia en el futuro, de la belleza de su rostro. Durante un paseo, a Pepito se le ocurre mostrarle su pequeño pene como si fuera un mérito o la demostración de una superioridad irresistible. Victoria encuentra la ostentación de su sexo simplemente ridícula y rechaza de plano el significado social del gesto del muchacho: la superioridad y la diferencia que otorga la sociedad al sexo masculino. Para no despreciar a Pepito, como correspondería al desdén que merece su gesto, Victoria apela a la belleza neutra, asexual, de su cara. Rehusando el prejuicio que hace diferencias entre los sexos, Victoria crea una zona neutra superior —el reino de la belleza—, que comparten en un mismo plano de igualdad todos los seres humanos que participan de la belleza o del gusto de la belleza.

Con la primera menstruación, los adultos le crean un problema inexistente: el conflicto del cuerpo —de su cuerpo de mujer— y el tabú del sexo. Aparece un nuevo prejuicio de los mayores y un nuevo rechazo: la sociedad separa, con juicios de orden moral, lo que la naturaleza ofrece unido: masculino y femenino, alma y cuerpo. La sociedad ha introducido la culpabilización del sexo y del amor en el reino natural de la inocencia. Una Naturaleza aún dieciochesca, donde platónicamente se hallan la Razón, la Bondad y la Inocencia.

Los primeros asomos a la vida de sociedad ponen en evidencia ulteriores agravios de la Naturaleza inocente y pura: la rígida distinción de los sexos y roles sociales, la educación discriminatoria que los perpetúa, la exclusión sistemática de la mujer de las zonas creativas y direccionales reservadas al hombre, la visión masculina, maniqueísta y esquizofrénica del mundo que la sociedad burguesa ha institucionalizado mediante la distinción de códigos morales que separan el amor del sexo, la figura virginal de la esposa de la imagen demoníaca de la prostituta. Victoria rechaza de plano las distinciones artificiales que la sociedad ha impuesto en un estado de naturaleza indistinto.